

## Reseñas

WACHTEL, Nathan. *Le retour des ancêtres. Les indiens Urus de Bolivie. XXe-XVIIe siècle. Essai d'histoire régressive.* Paris, Editions Gallimard. 1990. 689 p. 25 tablas, 13 gráficos y 65 mapas y fotografías.

Este nuevo libro de Nathan Wachtel está destinado a ser un modelo metodológico para la investigación de la historia regresiva. Está profusamente documentado y no obstante es de lectura amena, alcanzando por momentos la fluidez de una obra literaria.

Su primera parte está destinada a analizar la estructura social y cultural de los Chipaya, uno de los grupos urus que sobreviven actualmente en el territorio boliviano. El autor ha trabajado con los pobladores actuales desde la perspectiva de la antropología estructuralista, presentando simultáneamente la organización social y política desde los niveles del parentesco, los *ayllus*, las mitades, la comunidad y el sistema de *cargos*. Ha analizado la tenencia y trabajo de la tierra así como las obras de irrigación, la ganadería, la caza y la pesca. Se ocupa con especial detalle de las representaciones y comportamientos respecto al espacio y los vínculos sagrados entre el hombre y la tierra. Su trabajo antropológico pone el acento en las relaciones binarias y en las oposiciones, así como en los juegos de espejo donde se reproducen las categorías con las cuales los Chipayas ordenan el mundo humano, el celestial y el ctónico. Wachtel se interroga constantemente sobre la lógica que preside las representaciones, tanto del orden atribuido a los elementos naturales y sobrenaturales como de la conducta de la sociedad para preservar o transgredir ese orden. Como la obra comienza y termina en el presente, el capítulo final está destinado a indagar sobre los cambios que se producen en el último decenio a raíz de las

conversiones protestantes dentro de la comunidad. Para hacerlo, se apoya directamente en los relatos de los propios actores, donde se revelan, sin la intermediación del investigador, las contradicciones internas del sistema frente a los cambios, y también los conflictos espirituales que tales conversiones provocan en algunos de los miembros de la comunidad.

En la segunda parte del libro Wachtel se aboca a una detallada historia regresiva que se remonta hasta el siglo XVI, y en la que, para los períodos más recientes, combina la información documental con la memoria oral. Este viaje por el tiempo, que no tiene un sentido único, sino que se permite un ir y venir para confrontar los datos, se revela de una enorme riqueza explicativa. Una vez más en este libro se refuerza la necesidad que tiene el antropólogo de recurrir a la historia de larga duración para poner en evidencia las continuidades, las rupturas, los cambios de estrategias a lo largo del tiempo y/o entre diferentes grupos entre sí y con respecto a la sociedad global. El trabajo de la memoria sobre los cambios en la tenencia de la tierra entre los chipayas, las fusiones y segmentaciones internas de los *ayllus* y sobre todo los conflictos de los urus con los aymaras nos van aproximando de la mano del autor a una de las problemáticas más interesantes del mundo andino.

Se trata del sometimiento de los urus a los aymaras, sobre el cual estos últimos sustentaron un estigma de inferioridad para justificar la dominación. Este tema es seguido con enorme

minuciosidad, buscando las raíces históricas incluso desde los tiempos prehispánicos y buceando en el universo de representaciones sociales y cosmogónicas que den razón del doble sometimiento de los urus a los aymaras primero y a los españoles después. El autor combina los análisis de demografía histórica con las variadas categorías fiscales en las que fueron agrupadas las poblaciones de urus que vivían a lo largo del eje acuático que une el Titicaca con el Poopó y el Coipasa. Indagando sobre la relación existente entre estas clasificaciones con los diferentes procesos de aculturación en los que se encontraron sumergidos y buscándolos hasta las márgenes meridionales de la posible ocupación uru en el Tarapacá de Chile, Wachtel también se cuestiona sobre las marchas y contramarchas en las transformaciones de la identidad y el posterior reforzamiento de las condiciones de diferenciación, asumido como un recurso de liberación frente a la opresión aymara.

En este sentido es destacable que Wachtel no elude tratar el tema de la aculturación que parecía abandonado y fuera de moda; por el contrario, lo encara con especial maestría en el capítulo IV de la segunda parte. Paso a paso se observa la conducta fluctuante de los urus, respondiendo a diversas coyunturas y oportunidades en las que los esfuerzos por liberarse del dominio aymara se combinan con el ideal de aymarización cultural que los eleva en la escala social. Este proceso que se acrecienta desde el siglo XVI al XVIII se invierte a partir de esta última fecha, para comenzar a reconstruir una nueva identidad uru, y sobre todo chipaya, que es el caso específicamente analizado. Ese capítulo además muestra con claridad el impacto de las alternativas coloniales en la emergencia y transformaciones de las categorías fiscales y sociales de las comunidades andinas del altiplano y en la manera en que inciden en la aparición de nuevos actores sociales y sus concomitantes culturales. Entre ellos podemos mencionar el análisis de la recategorización de los forasteros, la sedentarización de los urus, la aparición los agregados, los efectos la mita potosina y las estrategias para eludirlos. Con toda esta información está en condiciones de analizar al mismo tiempo los problemas de aymarización de los urus y el proceso social más amplio en el cual

se encuentran inmersos. En este capítulo, que excede el mero marco de un grupo étnico, se puede aprender mucho sobre la historia social del altiplano vista desde la perspectiva de las transformaciones culturales, sociales y fiscales de los protagonistas del libro.

Asimismo, Wachtel observa cómo, en los esfuerzos de los últimos años para reconstruir su identidad, los urus que permanecen en condición de tales, han reforzado sus relaciones con los ancestros -los antiguos dioses- en un franco y declarado sincretismo con el catolicismo, recreando así un nuevo cosmos que evita las contradicciones entre ambos sistemas religiosos. El antiguo ciclo de Tunupa (tal vez paralelo al Viracocha de los Andes centrales), sigue presente aunque transformado, en las creencias y rituales y es manipulado como mecanismo de afirmación y reconfirmación de la identidad. En el testimonio de Vicente, uno de los Chipayas interrogados por Wachtel sobre el problema de los recientes conflictos religiosos, se observa claramente que su insistencia en mantenerse fiel a sus antiguas "costumbres" religiosas no entra en contradicción con los sueños que el mismo protagonista tiene sobre la modernización de la comunidad. Del mismo modo, el abandono de los ritos por parte de Santiago, el otro informante, y su más estrecha fidelidad a los principios del catolicismo, no modifica totalmente su estructura mental. En su enfrentamiento con Vicente, uno y otro se acusan de ser los culpables de los males que afectan a la comunidad. Así como el abuelo de Santiago, famoso *yatiri*, había sido asesinado bajo el cargo de provocar desgracias a su pueblo, así Santiago y Vicente se atribuyen mutuamente el poder destructor que les confieren sus respectivos manejos del ritual. Con esto se muestra que a pesar de su conversión, Santiago continuaba aplicando la lógica andina, en la que las acciones de los hombres y en especial de los curanderos y shamanes, incide sobre los fenómenos que afectan al hombre y a la tierra.

En suma, sobre este libro se podría escribir muchísimo más. Cada tema en sí mismo merece una crítica puntual, ya que a través de los múltiples interrogantes con que Nathan Wachtel matiza su discurso, el lector observa cómo se abren puertas tras puertas, algunas que conducen a nueva

información o nuevas y enriquecedoras problemáticas y otras que terminan en un tunel sin lumbre a causa de la falta de información. El libro es específico respecto a los Chipayas y los restantes urus, y general en la problemática colonial, y esta inserción totalizadora deja la positiva sensación de que por fin disponemos de una gran síntesis sobre la historia colonial del altiplano.

Una última observación destinada a algunos antropólogos e historiadores argentinos. En las 700 páginas del libro no hay un sólo enunciado

teórico. La base teórica se aprende en Wachtel analizando cuidadosamente su manera de operar con los datos. Por otra parte, no responde a un solo modelo metodológico ya que combina la observación de campo y el análisis estructural, con el análisis del discurso de los actores; y la información estadística con los relatos insertos en los documentos o en las crónicas. Desde esta perspectiva, el libro sería tildado de empirista y no pasaría algunas de las corrientes evaluaciones de nuestros organismos académicos. Como vemos, "caminante no hay camino, se hace camino se hace al andar..."

Ana María Lorandi